

CAMPAMENTO

DE MADRID

ERNESTO GARCÍA CABALLERO

EXALTACION PRIMERA

Yo quiero ser tu cántico, Madrid! Porque siento tu dolor. Con brávido de mar lagan mis entrañas sobre tí.

¡Yo quiero ser la meta de tu pena, en el aire, y volar hacia Dios! Y pedirle ¡piedad! ¡piedad! ¡piedad! Calma, a su ira. ¡Piedad a su maldición por tus pecados, Madrid!

¡Venid, pueblos de España! ¡Venid pueblos del mundo! Miradla, mi ciudad. Amarga llora en la noche profunda de su

EXALTACIONES DE MADRID

POR

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

EXALTACION PRIMERA

Yo quiero ser tu cántico, Madrid! Porque siento tu dolor. Con bramido de mar lloran mis entrañas sobre tí.

¡Yo quiero ser la saeta de tu pena, en el aire, y volar hacia Dios! Y pedirle ¡piedad! ¡piedad! ¡piedad! Calma, a su ira. ¡Piedad a su maldición por tus pecados, Madrid!

¡Venid, pueblos de España! ¡Venid pueblos del mundo! Miralla, mi ciudad. Amarga llora en la noche profunda de su

cárcel. Tinieblas. Cerco de fuego. Desolación. Sangre y estiércol. ¡Y sus manos tendidas hacia un cielo cerrado!

¡Gentes que piden pan con piel negra de hambre! Sin quiciales las puertas. Y cocinas sin lumbre.

Como una inmensa viuda es cada casa. Calles raídas de árboles y piedras. Desgarrados aullidos, sin respuesta. Frenesías de muchachas destrozadas. Iglesias sin cruces y sin muros. Llantos interminables ---entrecortados---, de niños sin nadie. Palacios desventrados y varones deshechos o en huída. Y jardines mondados por las balas. Y viejos sobre las aceras estrellados junto a perros y gatos ya podridos.

¡Miradla mi ciudad gemir, vosotros, pueblos de España! ¡Venid, pueblos del mundo! ¡Venid, ayudad y liberad su cautiverio!

¡Que allí están nuestros muertos, nuestros vivos! ¡Nuestro hogar! ¡Y es nuestra tierra! ¡Y nuestros hijos y madres están! ¡Y están nuestras mujeres y están nuestros ancianos! ¡Y nuestra sangre está!

¡Y debemos matar a nuestra sangre misma! ¡Y nuestra casa hundir nosotros mismos queriendo nuestra casa salvar y nuestra sangre! ¡En abrazo de muerte! ¡En ataque de vida!

Mientras abominables extranjeros ¡amos de la ciudad! nos azuzan, nos hostigan, nos escupen, nos afrentan de infamia en la sima infernal que nos abrieron. ¡Y con gozo diabólico se ríen viendo sacrificar a nuestra madre! ¡Y destruir el cráneo a nuestro propio hijo! ¡Y nuestras mujeres ---entre vino y bombas, violentadas--- gritan!

¡Y queriendo nosotros saltar el cerco acribillado! Jabatos en

la noche --rabia, furor, delirio! ¡rabia y dolor! con los ojos sin luz y espumas en las bocas--, ¡nos pegamos a tierra, y mascamos la tierra! Por que es más dulce la amargura de tierra ensangrentada: Y es más dulce sentirse como muertos bajo tierra, que vivir la iniquidad sin nombre de mirarte: ¡Madrid! ¡Madrid, maldito por Dios, maldito siete veces, siete!

EXALTACION SEGUNDA

Tu voz yo quiero ser, Madrid! Porque te amo.

¡Con zumbido de viento rueda la sangre en mis venas y mi ansia hacia tí! ¡Cómo canta mi alma tus recuerdos!

¿No eres tú la luz azul y ardiente de aquel día que yo abriera los ojos estrenando la vida? Sonaban las campanas de verano ¡mi catedral! que hoy es ceniza. Y allá por la carrera de Toledo, mi madre me ofrendaba a una Virgen --negra y blanca--, con palomas. Palomas que han volado, heridas de metralla, sin aguas bautismales en las alas. Sino sangre. ¡Almas de niño, escapando sin bautizo!

¿No eres tú San Andrés, que veo en llamas? Alto, alto florecido de piedras entorchadas y caireles de piedras. ¡Alto! (Yo era tan niño.....) Y el colegio, muy cerca. Y mis primeras letras con hermanas de Dios. ¡Aquellas monjas! Pedreas en las Vistillas. Y el Seminario, mudo. Y aquellos carros que olían a verduras y frutas. Y la verbena con aceite denso. Y el organillo

alemán fundido en chulo y pañolín de seda. Y calle de Segovia --bajo el Viaducto--. Y sus solares. Virgen del Puerto. Virgen la Melonera. Y el río. Y sus riberas, fosas de muertos hoy más que sus cementerios profanados, asaltados. Y allí, Palacio mirándose en el río verde. Y aquel resol de Palacio en sus ventanas, fuego es hoy sin resol. ¡Gatos cervales y lechuzas y lamices disparan sus graznidos de horror entre balazos!

¿No eres tú el carruaje que hacia el Pardo camina? ¿Y atraviesa entre carrascas y olmos, esa Casa de Campo? ¡Allí mi infancia y la infancia de los míos! ¡Y oigo gritos de míos fusilados! Las tapias del Corregidor en la Pradera no entierran la sardina con ceniza.

Sin enterrar ¡asesinos! caen los míos ante faros de coches requisados para el crimen y la orgía. ¡Faros sin parpadear en la noche de espanto, como ojos de Dios que espían implacables a Caín, y serán testigos eternos!

¿No eres tú, Madrid, la dulce calle de mi abuela? Con geráncos en la siesta de estío. Pregones por la calle, de estereros Y una horchata con paja. Y olor a nardo y a canela. Y allá los nacimientos, ¡Navidad! y Santa Cruz y las Candelas de invierno. Y el Otoño en la Armería. Y la Parada. Y aquel despachito de mi padre en los atardeceres. ¡Y el café en Puerta del Sol! Y aquel ancho Retiro, grande y siempre triste, democrático. Y el sueño de anochecido los domingos con la pena de volver a clase ¡Ah, tardes de cines y de toros!

¡Comités de rameras y canallas, quebrantando la paz y la dulzura de mi calle, me dejan sin recuerdos para siempre! Caballos de milicias pisotean el pesebre de Dios recién nacido

junto a Puerta del Sol. ¡Ya no hay cafés de besos y terrones familiares en la boca! Como ovejas los árboles trasquilan sus ramas y sus troncos. Son rapados sus leños por hombres como bestias, azotados de frío y de furor. ¡Oh, buen Retiro!

¡Ya no sabría encontrar la memoria de mi padre, entre cascotes y fango, derruída su mesa y su retrato partido! ¡Y hasta su tumba, gente mía, ya estallaron las granadas! Al otro lado de la ribera.

¡Tus lágrimas quiero yo ser Madrid! Porque mi sangre rueda, por tus plazuelas y avenidas, por tus rondas --venas de mi cuerpo. ¡Siento tu cuerpo en mí, ya que soy tuyo! Y tus mutilaciones, tus mañones, tu lacería, tus miembros destrozados chorreantes-- me duelen con dolor sin queja, de castigo de un Dios que no se apiada.

¡Dime Madrid, ¿dónde fueron mis rincones de amistad y de amor? ¿Y aquel altar de mis días nupciales? ¡Las cunas de mis hijas! ¡Y mis libros de siempre! ¡Y la mesa donde el pan partía la que fundó mi hogar, benditamente!

¿Dónde fué mi paisaje de llanura isidreña y cuaternaria, con los pitos de trenes y "tíos vivos"? Y la Estación echando humo, con obreros que, al pasar, me saludaban por creerme simplemente su paisano. ¡Pitillos y palabras y estrechones de manos con chóferes, porteros, maquinistas! Y gente en mono azul --aún sin sangre--, con manchas lubricadas del trabajo. ¿Ya no están? ¿Ya son otros?

¿Quién puso cartuchera sobre el vientre del lechero, alegre, de mi desayuno? ¡No! ¡No! ¡No! ¡Dime, Madrid que no es posible, o que es un sueño!

¿Dónde fueron mis amigos de pelea? ¡Camaradas en la lucha por España! Claros eran los ojos de esperanza. Cárcel, asesinato desafiando. Desafiando la prudencia familiar. Desafiando el veneno sutil de maestros y periódicos y mítines alucinantes. Desafiando al dragón que acechaba su presa. ¿Dónde fueron, Madrid? ¿Dónde fueron, Madrid?

¡Maldición sobre tí! ¡Y sobre tí, anatema! ¡Si los míos, si mi vida, si mis muertos, mis amigos y rincones de paz no me devuelves! ¡Devuélveme vivas mis memorias, vivos mis recuerdos!

¡Y si no, que tus arroyos se coagulen con la sangre derramada! ¡Que ortigas y látigos te azoten tuétanos y huesos! ¡Que tu polvo sea azufre! ¡Y estiércol te llene el aire! ¡Y lo que nazca de tu vientre sean sapos y buitres; sean crías de buho! ¡Y que mi amor se te haga odio! ¡Odio infinito! ¡Odio!

EXALTACION TERCERA

Mis entrañas vibran como arpas en tu tribulación y llanto,
Madrid desamparado!

¡Anda y solloza, babilónica ciudad del yermo! Tus pecados expía. ¡Llora sangre! Tus faltas purifica. ¡Llora sangre!

¡Anda, ciudad, ciñe tus flancos de tizones! ¡Siéntate ante tus puertas asoladas y devora tu maldad, y roe tu extravío! ¡Llora

sangre, Madrid! ¡Y abate tu soberbia! Y limpia de escorpiones tu regazo vil, estéril.

¡Llora tu luto! ¡Famoso castillo de torres derrumbadas: Sin alivio ya a tu miedo!

¡Madrid, castillo famoso....! Mas antes de ser castillo del Oriente y antes de ser altanero, cruel y duro ---Madrid tú fuiste campiña carpetana en la meseta---. Y calzadas de Roma transitaban tus viñedos y olivares. Tenías pan y aceite por tu vega. Y vino. Y labriegos que hacían la señal de la Cruz.

¡Tierra de San Isidro! Angeles en las aradas, peñas que manan chorros, y molinos que muelen sin fatiga su harina. Y el lobo que cae muerto. Y el pozo donde al hundirse el niño no se ahoga. Y el pudor absoluto de aquella Santa casera, que atraviesa tu río, sin mojarse, sobre su mantellín de boda.

¡Madrid, castillo fronterizo! La Cruz y la Luna en hoz.

¡Por los bordes del Jarama, por las encinas del Pardo, por Pedrizas de la Sierra ---ya entonces, hace diez siglos---, los cristianos te acosaban, te cercaban, te salvaban de la ralea infiel. ¡Ah, Madrid de la frontera Sur y Norte! ¡Y aquel alcaide sublime degolló a sus propias hijas! ¡Mejor el dulce cuchillo de la honra que verlas abrazadas del infierno! Pero la Virgen de Atocha resucitó sus cabezas. Y entregó al fin ---a cristianos---: Madrid. Otra vez fiel.

¡Madrid, yo sé tu romance, lo he vivido, lo he soñado, lo he querido! ¡Madrid, tu destino sé! ¡Y el misterio de tu suerte! Y oí susurrar tu historia por tus viejos recintos, por tu Cuesta de la Vega, por tus praderas quemadas, por tus carrales sin nombre, por tus sotos ribereños, por la soledad y silencio de

tus palacios, muros, puertas. Y mirando al Escorial, enfrente.

Tú no eres nada, Madrid. Sí era algo un castillo ser del moro un día, y otro día, del infanzón que atacaba. Ciudades de reconquista ceñían las coronas de los Reyes. De norte a sur, galopando, bajaban los sitios reales. Desde Oviedo hasta Granada. Desde León hasta Burgos. Segovia, Valladolid. Y allá, como nidal del Tajo: Toledo.

Tú no eres nada, Madrid. Tu destino: adormecido entre, osos y madroños. Y entre peleas villanas. Con aljamas y moriscos. Y concejos montaraces. Y feudales que alancean entre encinas, los cervales y lobeznos.

Tú no eras nada Madrid: mientras no fué nada España. Mientras las flechas del haz eran bohordos sin rumbo y destrabadas saetas.

Mientras Roma, la católica ---como cetro su santa tiara---, pugnó por la unificación del orbe, y disputó con conventos y oraciones, al bárbaro emperador la ecumeneidad de Europa. Madrid tú no fuiste nada.

Pero un día llegó ---¡llegó Madrid tu hora central, terráquea y universal!

Cuando un César de Roma y de Austria ---segundo de los Felipes--- en Roma no encontró Roma, porque podrida de renacimiento periclitaba. Y el orbe se dividía, entre ataques de Oriente y Occidente, de turcos y luteranos.

¡Y un mundo nuevo, infinito, más allá de ultramares se había abierto con árboles sin fin, desconocido, con inmensos ríos, con hombres desnudos, y fieras fabulosas y templos colosales!

Fué, entonces, Madrid cuando desde su Monasterio al pie del Guadarrama soñó aquel César una Roma Imperial: *Un campamento central del globo*. Y a tí te miró. Y en tí puso su sueño, sueño de Roma. De urbe nacida para capital del orbe. Y en tí plantó sus frailes y soldados, sus jerarcas del mundo, sus trompetas y sus chapiteles.

Y sus poetas de Imperio: Lope, Cervantes, Calderón y Tirso. Y sus pintores --Velázquez-- para el universo. Y hasta su templo Imperial tuvo aquel lugareño: San Isidro.

Y señaló tu destino: su genio, su fidelidad. ¡Una España! ¡Madrid, uno! ¡Libre y grande Madrid! ¡España grande y libre y ecuménica!

Como una corona regia, Madrid ciñó la testa española. Y eran gemas de esta corona cesariana los reales sitios: equidistantes, radiales, históricos: El Escorial y Aranjuez. Segovia y Valladolid. León, Burgos, Zaragoza, Avila y Salamanca. Y el Pardo. Joyel central: Toledo sobre su roca. Y allá, en destello, Sevilla. Y vigías de la mar --sin envidia y de rodillas--, Lisboa y Barcelona, atalayando.

¡Madrid, yo sé tu romance! ¡Y tu traición al destino de tu raíz, de tu misterio, de tu mandato, de tu lealtad!

Pueblos enemigos (eternos enemigos tuyos) con pelucas, te cortejaron tu corte. Y entre perfumes y porcelanas preciosas te enseñaron Versalles. Quisiste Versalles ser y no Roma. Ser Versalles, con casaca, espadín, filosofía. Y olvidaste la estameña de tus monasterios, el ante de tus coletos, la verdad de tus verdades.

Y los palacios, casinos se te volvieron. Y los conventos, en

logías se te volvieron. Tus predicadores, en charlatanes de tertulia y de mitin se te volvieron.

¡Y tu pecado empezó! ¡Y tu abominación!

Madrid, contaminado de peste, de olvido, de alacranes, de injurias, de manolerías, de democracia, de asco, de verrugas repugnantes, de babas de cocido, de burguesía con te, con contoneo sajónés, intelectual, pedante y distinguida, profesoral, ginebrina, con sensibilidad de mono!

¡Madrid abominable de masas en chancleta! Posaderas de oficina sentándose en sillones imperiales. ¡Y al fin Escorial, Escorial! ¡Origen y sueño del Madrid cesáreo! Tus tumbas profanadas por los gusanos rojos. Muñecos de percal sobre toisones de oro. La Historia que se parte y se aniquila. ¡Traición, perjurio desolado, ruinas sin remedio! ¡Y abominación! ¡Abominación!

¡Anda y solloza, babilónica ciudad, traidora! ¡Bíblica ciudad del yermo! Tus pecados expía. ¡Llora sangre! Ciñe tus flancos de tizones. ¡Siéntate ante tus puertas asoladas, y devora tu maldad y roe tu extravío! ¡Y abate tu soberbia con testa de Satán, monstruosa, pálida, cara de sodomita ajusticiado! Serpientes tus cabellos y estrábicos tus ojos. ¡Limpia de escorpiones tu regazo estéril! ¡Llora tu infidelidad! ¡Castillo infiel de torres derrumbadas!

¡Mis entrañas vibran como arpas en tu tribulación y llanto!

¡Quién te resucitará, Madrid desamparado!

EXALTACION CVARTA

Quién te resucitará, Madrid desamparado? ¿Y aplacará tu signo? ¿Y en tu cielo convulso de huracanes hiciera a las estrellas derramar su dulce lumbre?

Con mi alma yo te busco en la noche, ciudad mía. Y envío alondras a volar sobre tu cautiverio.

Tus cabellos amargos te acarician mis dedos desvelados. Tu faz del hambre macerada quisiera colorear de besos. ¡No de sangre, no de fiebre! Y convertir en miel la hiel de tus ojeras.

¡Madrid! ¡Madrid! ¡Híncate, junto a mi, de hinojos! Y pide al Señor: ¡Misericordia!

¡Misericordia!.... ¡Misericordia!.... ¡Misericordia!....

¿Oís, pueblos de España? ¿No oís, pueblos del mundo? Pide Madrid a Dios ¡misericordia!

¿No la véis mi ciudad con ceniza en los labios? ¿Con su frente en el lodo? ¿Con sus flancos, de sayal ceñidos, flagelar sus entrañas e inundar de lágrimas los hoyos donde estallaron los obuses? ¿Y derruir parapetos rencorosos? ¿Y trincheras de envidia? ¿Y abatir cerrojos de sus puertas? ¿Y las manos abrir en ímpetu de abrazo? ¿Y alzar la voz y abanderar los cerros y las casas, las esquinas, con jirones en blanco, con la sangre hecha lino, la sangre traslucida en azuzena?

¡Anda y levántate, ciudad! Que ya la ira del Señor se aleja, como un turbión de polvo en la llanura.

¡Anda y consuélate, ciudad! Que ya tu castigo se disipa, como niebla en la luz de la montaña.

¡Anda y alégrate, ciudad! Que la cólera santa se suaviza, como granizo derretido en lluvia.

¿Qué te pasa, ciudad, que no te alzas? ¿Qué te pasa, Madrid, que de pronto enmudeciste? ¿Qué palidez de muerte y sudor yerto son tus sienes? ¿Qué estertor de agonía aquí me llega?

¿Quién te arrastra hacia atrás, y te aleja de mí? ¿Quién te desgarras? ¿Y te hinca sus uñas rojas en tus carnes? ¿Y te ata las manos? ¿Y con nudo de esparto te estrangula? ¿Y tu vientre pisotea y te clava los pies en un madero, y con vinagre te chorre el rostro y te escupe en los ojos, y con las bayonetas te hiere los costados, y en la Puerta del Sol te crucifica y abandona mientras se oyen blasfemias de borrachos y maldecir ---en lenguas bárbaras--- tu nombre?

¡Oid, vosotros, cielos! ¡Y escuchad toda la tierra! Es ahora Dios ¡quien por mi boca exige! ¡Y quien me ordena clamar a la batalla!

¡Oid, vosotros, pueblos! ¡Gentes españolas y del mundo!

Mensaje de vindicación, siento en mis labios. Mis labios son como espadas que brillan de cólera suprema. Rugido de león truena en mis huesos. ¡Voz de trompeta y clarín en alzamiento mi garganta aulla!

¡Salvación! ¡Salvación! ¡Madrid asesinado! ¡Madrid crucificado!

La luna se oscurece. Y el sol se para en mitad del firmamento. ¿Sentís el mar que choca con las nubes? ¿Y los montes hendirse y perecer los valles y secarse la hierba, y el fruto del árbol malograrse, y quedar infecundos los regazos maternos, y la rosa en espino convertirse?

¿Qué hacéis pueblos de España? ¿Qué hacéis ciudades populosas de España? ¿Qué hacéis campos absortos y pacíficos de España?

Pero ¿es que quedan todavía casas sin vaciar de hombres? ¿Calles con paseantes? ¿Cafés con puro, murmuración y copa? ¿Oficinas y covachas de esfuerzos emboscados con reptiles que vuelven a enroscarse? ¿Y fusiles ociosos? ¿Y cuchillos, sin fulgir desnudos? ¿Y dientes sin morder? ¿Y uñas sin afilarse en garras?

Pero ¿es que quedan todavía hombres ---¡españoles, españoles---hombres que impasibles miren defender su propia patria, a nobles legionarios, a heroicos cruzados de lejanos países que dejaron sus tierras, sus hogares y dejarán su vida---mordiéndose ante Madrid el polvo rojo--- por defender a España, y el honor de mujeres violadas en Madrid, y el candor de niños españoles destrozados en Madrid, y el temblor de españoles ancianos en Madrid escarnecidos?

Pero ¿es que vosotras madres, esposas, hijas ---de esos hombres, si son hombres--- no los afrentáis de horror y de vergüenza? ¿Y les dáis vuestras faldas, vuestra aguja, y les dáis vuestros pucheros? ¿Y cogéis su fusil vindicativas, redentoras?

Ciudades: ¡qué hacéis de España! Campos: de España ¿qué hacéis?

¡Madrid crucificado en estertores! ¡Nuestros hermanos, desde cerco y frente os llaman, claman de indignación, arrecidos de frío, combatidos de vientos y de balas y de lluvias, en trincheras caladas!

¿Y aún comemos y dormimos? ¿Y podemos pasear? ¿Y hay

recrías de masones que osan murmurar de los que mueren por defenderles la pitanza indigna!

¡Qué el pan --niños, viejas y doncellas-- lo cuezan en las ciudades vacías! Mientras Madrid desfallezca de lanzadas y de escarnio. ¡Madrid crucificado! ¡Todos ayuno, penitencia, dolor!

¡En armas! ¡En armas! ¡Levantáos! ¡Innumerables falanges españolas, brotad del suelo!

¡Y marchad! ¡Marchad! ¡Con rumor de muchedumbre en furia! ¡Como una avalancha nacional y unánime!

¡Como un torrente irreparable fluirán sus hombres de las ciudades y quedarán desiertas! ¡Y los campos sin hombres y quedarán desiertos! ¡Y como alud de serranías bajarán los hombres a inundar la llanura carpetana!

¡Y Madrid con este abrazo nacional y unánime! *¡Quedará liberado!*

Y los ojos--al entrar en la ciudad--cerraremos de los muertos de frío y de hambre. Y a los pobres de corazón, milicianos nacidos en Madrid, pan les daremos. Y les daremos más que pan ¡justicia! Y el amor de una patria con justicia --que es más que el pan-- les brotará en milagro.

¡Oid, pueblos del mundo! ¡Miradnos, pueblos del mundo!

¡Francia detén tu mano de tesón implacable! Envaina tus cañones para mejor pelea, Caín de tus hermanos! ¿Por qué no vienes a nos, Francia fraterna, borgoñona, compañera del Cid en conquistar Valencia? ¡España quiere ser una! ¡Madrid crucificado va a resucitar! ¡Y a recobrar su destino antiguo!

¡Vuelve tus naves a sus puertos, oh britano! ¡Ya no habrá

guerra civil! ¡Los piquetes de guardias moscovitas, al alzarse Madrid de su sepulcro, ciegos quedarán! Petrificados.

¡Guarda, guarda tus tanques, Rusia! ¡Y para pan de tus esclavos, vierte tus rublos!

¡Judío internacional! ¡No busques en España la tierra prometida que no llegará nunca! ¡Madrid no era tu Sión! ¡Ni Babilonia!

¡Madrid --Jerusalén del mundo-- resucita!

¡Pueblos cristianos, ondead banderas, lábaros! ¡Venid hacia nos en fiesta y procesión!

¡Ciudad de Dios, Madrid, otra vez universal será de todo el orbe!

¡Pueblos de América! Cimacoal la azteca, diosa de crueldad huirá de Madrid. Y hablaremos la misma lengua única, otra vez y renovada!

¡Pueblos de Africa y de Asia! Siva de los cien brazos pereceré. Y los dragones del infierno chino reventarán. Y las cavernas de Ti-yu, se hundirán. Y los alcaravanes y las aves hediondas de osario; espectrales, volarán.

¡Marchad! Marchad en marcha cerrada hacia Madrid, ¡cantando!, ¡hombres de toda España, falanges de combate innumerable! ¡Liberadlo!

Y España será Madrid. Y no vacilará. Toda ya en haz y con yugo de victoria, sujetando, a diestra y siniestra, recta irá como un dardo.

Y veréis que la sangre en flor de viña se convierte. Y el huerto se cubre de rocío. El cardo en lirio se idealiza. Y el yermo germina de alamedas. Y el ciego ve. Y el sordo oye. Y el

secadal mana agua pura. Y el ladrillo caído en el fragor se hará piedra sillar hacia los cielos. Y todo edificado, se redime. Y las hierbas malignas se hacen pastos. Y el cordero junto al lobo paze. Y los huesos reverdecen. Nuestros muertos --caídos como semillas nacionales en los surcos de las trincheras--renaciendo nos bendicen. Los tanques se hacen tractores. Las bayonetas arados. Y un niño pastorea manadas de toros y de águilas entre víboras muertas y alacrán sin ponzoña.

¡Marchad cantando hacia Madrid, hombres unánimes de España!

La palabra que el mundo esperaba está en Madrid intacta en su crucifixión y drama.

¡No imperios de hombres sobre hombres! ¡Ni durezas de guerras y más guerras!

¡Un amor infinito, de abrazos y reposos, será el milagro de un Madrid que resucita!

La palabra indecible --por divina-- que os espera en Madrid; la palabra con que Dios mis labios unge, y que, en limpia saeta, dispara por mi boca a vosotros es: *¡Paz! ¡Paz sobre los hombres y paz sobre la tierra!*

¡Yo quise ser tu cántico, Madrid! ¡Tu voz quise yo ser! ¡Y en tu tribulación y llanto, mis entrañas, tu arpa! ¿Quién te liberará Madrid? ¡Ellos! ¡Los míos! ¡Que te sienten y te absuelven y te quieren como te quiero yo!

¡Marchad, cantando, falanges españolas de batalla! ¿Oís pueblos del mundo?

Mi canto de liberación, en nombre de Dios, lo canta: *¡España!*

Rodrigo Jiménez de Rada

NOTAS

por
Eladio Esparza

Rodrigo Jiménez de Rada resucita en su novela, con el Movimiento. Sería quizás más exacto decir que el Movimiento es como su aureola. No sólo porque el Movimiento le presta a plan de actualidad, sino también porque su pensamiento político vive en clara y épica realización, ya que el pensamiento de Unidad de España, para emprender su destino histórico arranca de Jiménez de Rada. La profecía de Fe cambia de Roxaredo no pudo ser la diferenciación unitaria e imperialista que, deliberadamente se propone Don Rodrigo. Roxaredo se convirtió al Catolicismo y surgió en él un momento al acto de su abjuración arrastra las propósitos de un acontecimiento nacional. Se presenta en este momento el pensamiento futuro del destino de España, pero todavía más de trascorrir varios siglos que fertilicen la tierra con sangre de martires y residuos fenecidos de herejías y fúlbri de clases heterogéneas para que pueda firme los soldados de España, cocidos ya en su actitud de cava. Que es la que fijó, arquitecto de la construcción nacional por boca, nuestro Jiménez de Rada dos siglos antes de haberse llevado a feliz realización los Reyes Católicos. La Fe, la Subiduría y la Guerra tuvieron en él su construcción máxima con la Catedral de Toledo, la Universidad de Salamanca y la batalla imperial de las Navas. El historiador Mariana, cauteloso y receloso le llama "maravilla de su

Rodrigo Jiménez de Rada

por

Eladio Esparza

Rodrigo Jiménez de Rada resucita en su aureola, con el Movimiento. Sería quizás más exacto decir que el Movimiento es como su aureola. No sólo porque el Movimiento lo traslada a plano de actualidad, sino también porque su pensamiento político arde en gloriosa y épica realización, ya que el pensamiento de Unidad de España, para emprender su destino histórico arranca de Jiménez de Rada. La profesión de Fé católica de Recaredo no pudo tener la interpretación unitaria e imperialista que, deliberadamente, se propuso Don Rodrigo. Recaredo se convirtió al Catolicismo y, siendo rey, quiso prestar al acto de su abjuración arriana las proporciones ejemplares de un acontecimiento nacional. Se presiente en esta conversión el pensamiento futuro del destino de España, pero todavía han de transcurrir varios siglos que fertilicen la tierra, con sangre de mártires y residuos fenecidos de herejías y fusión de elementos heterogéneos para que pisen firme los soldados de España, encajada ya en su actitud decisiva. Que es la que fijó, arquitecto de la construcción nacional pasmosa, nuestro Jiménez de Rada dos siglos antes de haberla llevado a feliz realización los Reyes Católicos. La Fe, la Sabiduría y la Guerra tuvieron en él su constructor máximo con la Catedral de Toledo, la Universidad de Salamanca y la batalla imperial de las Navas. El historiador Mariana, cauteloso y receloso, le llamó "maravilla de su

época", y no es que él fuera el hombre representativo de su tiempo, sino su artífice. Su época es obra salida de su mente y de su corazón. Internacionalmente, España, por él, cobra rango y marca el rumbo de la civilización occidental. Los cuatro Romanos Pontífices que, durante su vida, se sientan en la silla papal, le buscan, le llaman y le piden consejo. Los Bularios de nuestro Jiménez de Rada son excepcionalmente copiosos.

En Letrán, donde todo el mundo delibera, él se hace entender de todos porque habla en latín, en español, en italiano, en francés, en griego, en hebreo, en árabe, en inglés, en alemán..... En la Asamblea ecuménica da su pensamiento a todas las gentes, en sus lenguas. Y cuando en Toledo se concentran las tropas internacionales que él mismo reclutó en sus países habla también a los Cruzados en sus idiomas respectivos. En lo humano, el milagro pasmoso de Pentecostés no ha tenido más completa semejanza. En su alma es concebida nuestra España y de su pluma comienza a brotar nuestra historia: no ha tenido la Patria más poderoso Canciller ni más hábil político. De Alfonso VIII hace un héroe, de nuestro Sancho un cruzado, de Fernando III un Santo y de Alfonso X un sabio. En él está toda nuestra Edad Media, inaccesible al conocimiento sin el previo conocimiento de esta figura de Navarra, de proporciones astrales. La iniciativa, la preparación y la ejecución de la batalla de las Navas, primer arco triunfal de nuestro Imperio católico, es obra exclusivamente suya. Obra arriesgada y crispada, de tan complejas dificultades que, por un momento, el Rey Alfonso dijo: "¡Oy se pierde toda España!" Y era así: la obra decisoria; se perdía toda España o se ganaba toda España, como es la obra que nuestro Movimiento forja en esfuerzo de titanes, para ganar toda España de entre las ruinas. Pero se ganó España; la ganó "aquel de Toledo" como le llamó Arneliers, el poeta provenzal. ¡Aquel de Toledo, que era de Navarra!

"Mater Navarra, nutrix Castella Toletum
Sedes..."

Faltaba en España la trabazón de sus elementos en unidad de destino y los trabó, en fuego, Jiménez de Rada; faltábale luego la conciencia de esa unidad, que es la historia, al método genético, depuración del hecho y su encaje en la causa determinante, y la hizo Jiménez de Rada, con ansias de poeta, exuberante, fértil, preciosa: España es "rica en metales, abundante en aceite, alegre por el azafrán, excellentísima por el ingenio, audaz en la guerra, rápida en la acción, leal al mando, fácil para la cultura, poderosa en la elocuencia, fecunda en todas las iniciativas". De su obra y de su palabra nos alejan siete siglos. Pero el hoyo para enterrar nuestros Mártires acorta, en la profundidad, la distancia y los huesos se mezclan con los suyos, como en las altas esferas del ímpetu, se funden nuestros pensamientos de España con el suyo. Su olvido era fenómeno natural de la desfiguración de España, roja de odio y rota de separatismos. En el empeño restaurador, a sangre y fuego, habíamos de encontrarlo en esta tierra de España en el hoyo de cada cruz para nuestros caídos y primeramente para Cristo, Mártir también de la Anti-España.

"..... ad sidera tollitur iste"

dice el viejo verso de oro en su alabanza. Y nosotros decimos también esa alabanza, de nuestros muertos. Navarra engendró a este hombre, que, a su vez, engendró a España. Navarra, por eso, se consume en el sacrificio por encontrar a la España que hizo un hombre de su tierra.

Le viene, pues, de lejos a Navarra su españolismo y en estas excavaciones de su espiritualidad encontramos raíces tan poderosas como ésta de Don Rodrigo, que pueden nutrir conciencias de generaciones y generaciones, contra todo corrosivo. Porque si para nosotros no era ignorada la existencia de Jiménez de Rada, sí lo era su fisonomía, de primer historiador de España y de constructor de su Unidad. ¡Se nos dieron libros en que se nos hizo abominar de su memoria! Pues si

nuestras gentes lugareñas, fortalecidas de tradición, nos han dado ejemplo, a pesar de nuestra cultura deficiente y engañada, demos nosotros, en nuestras letras limpias, audaces y diáfanas, el ejemplo de la verdad, del decoro y de la purificación. No engañemos a nuestros hijos como a nosotros nos engañaron. Nos engañaron con el espejismo de un Jiménez de Rada, olvidado de los suyos y preocupado de lo ajeno. Lo suyo era Navarra y lo ajeno Castilla. Y es que les fastidiaba grandemente que a siete siglos de distancia en la historia, pudiera existir un navarro en cuya mente y en cuya emoción España fuera motivo predilecto. El hecho venía a ser argumento invulnerable de "españolismo imperial y católico" y era preciso desfigurar el hecho, torcer con violencia el eje de la historia de España, para que España parase en seco ante las fronteras arbitrarias de una nación también arbitraria. En Navarra, el engaño nada pudo en efectividad, porque ante el Movimiento, Navarra ha hecho honor a su tradición, que es la de Jiménez de Rada. El llevó a nuestro Sancho el fuerte hasta las Navas y él es el que ha llevado a nuestra juventud hasta las trincheras. Recordarlo en esta hora tremenda y fausta, en la que España vuelve a soldar las piezas de su Unidad deshecha y a tomar vuelo de Imperio y a reverdecer en el martirio heroico los laureles fosilizados de su Romancero, es un acto de justicia. Su norma, además, nos llega intacta y caliente de emoción:

"Mater Navarra, nutrix Castella..."

Pequeño periplo en torno al concepto de totalidad

por

Juan Pablo Marco

El clamor de cada día nos trae, cual salido de mil bocas, el apóstrofe de la totalidad: regímenes totalitarios, movimientos totalitarios, el sentido totalitario de la vida, *et sic de caeteris*. Si no fuera bastante el sortilegio de la palabra, bastaría el imperativo de la hora para obligarnos a expurgar el concepto, con el fin de saber si se trata sólo de una idea fría e inactiva, o si en ella se envuelve un modo cálido de pensar, de sentir y de querer.

Antes de que el vocablo descendiera, de un modo decidido, al ágora, ya venía infiltrándose con tenacidad en el campo de la filosofía, de la psicología y de la sociología. Antes de su advenimiento, la llamada ciencia moderna, como afecta de un extraño *morbus disecans*, había procedido de esta suerte: con sus métodos empíricos se hincaba como una daga plural, en los intersticios de la realidad y aislaba provincias más o menos extensas de ella; sometíalas después a un minucioso estudio, para acabar en un tercer acto, pretendiendo reconstruir la realidad del mundo y de la vida mediante la ensambladura de las provincias disecadas. Pero este tercer acto hubo de adquirir tornasoles dramáticos cuando se vió que en la recompostura la realidad, como Pedro

Schlemil, había perdido su sombra; porque los esquemas no tienen sombra. La sombra es un atributo de la corporeidad, de la sustancialidad; es el resultado de la infusión a un esquema, de la dimensión lejana de la trascendencia y de la dimensión próxima de la vitalidad.

Así se fué descubriendo que el todo es anterior a las partes, no sólo en el curso del tiempo, sino en valor categorial. Othmar Spann, destacando entre otros, lanzó a la navegación una doctrina de la totalidad aplicada a las formas sociales. Krüger inició una psicología totalitaria y toda psicología de la forma (Ehrenfels, Kœhler, Wertheimer, Koffka y después muchos otros) arranca de la misma noción simple que se tenía arrinconada: nosotros no percibimos primariamente las partes aisladas del mundo que nos rodea, como no percibimos las notas aisladas de una melodía sino conjuntos totalitarios, figuras melódicas, en los que se contienen los elementos heterogéneos que un análisis *posterior* permite describir.

A esto conviene agregar que no son nuestros sentidos los únicos que participan en el goce de la percepción, sino el organismo todo, o mejor aún, el ser todo, en su maravillosa unidad y pluralidad. Como decía varios siglos ha, Liciniano, Obispo de Cartagena, en una de sus cartas: "Si tocas con un dedo una extremidad del cuerpo, toda el alma siente. Y siendo cinco los sentidos corporales, ella no está dividida en los sentidos: toda oye, toda ve, toda huele, toda toca, toda gusta, y cuando el cuerpo se mueve de lugar, ella no es movida."

Pero hay dos modos de concebir la totalidad. Cuando se dice que el todo es algo más que la suma de las partes, no se afirma lo mismo que cuando decimos que el todo es algo distinto de aquella suma; pues de esta última manera, afirmamos la existencia de una serie de realidades distintas e incoercibles en sistemas analíticos o racionales.

La totalidad en sentido estricto, cuenta con una larga historia que no podemos ahora relatar. En Kant aparece como "unidad de variedad bajo la idea de un fin", en Spencer como "integración" y en muchos

autores modernos como sinergia, jerarquía, holismo, etc. Todas ellas tienen un subsuelo angular y geométrico, excesivamente racional, cuando el vocablo "todo", como dice Driesch, es de aquellos indefinibles que poseen una significación primordial e inefable ("Urbedeutung", protosignificado). La prueba de que en estos casos se trata de una totalidad de vía estrecha, la tenemos en su aplicación a la psicología de la figura. Kohler sostiene, en efecto, que existen figuras físicas con las mismas propiedades que las psíquicas. ¿Qué queda, así miradas las cosas, de la independencia categórica de lo espiritual? ¿Dónde aparecerían sus cualidades peculiares en el conjunto de la vida psíquica?

Cuando se habla de totalidad, en el sentido en que lo hacen las doctrinas anteriores, se degrada, a nuestro juicio, el vocablo. Porque no se trata, aunque otra cosa parezca, más que de totalidades parciales, con el mismo rango de frío esquema que se puede atribuir a otros caminos de contemplación científica. Siendo así, no tenía por qué haber salido a navegar por los mares atormentados de incertidumbre, de la vida política contemporánea.

La noción de totalidad ha tornado a emerger, en el mundo moderno, para ser algo más que una noción o un concepto que llame sólo a las puertas del entendimiento. Debe penetrar en el hondón de nuestra vida como un saber y dejar tras sí una resonancia, una pasión impresa como dijo Dante que dejan los ensueños al despertar; los cuales, si bien yacen desde aquel momento en el limbo de nuestra inconsciencia, siguen, como melodías ignotas, templando nuestro ánimo. La totalidad ha vuelto, en segundo lugar, como un anhelo de superar, ya que no de resolver, el problema máximo de la filosofía de todos los tiempos: el de lo racional e irracional.

Camina la ciencia, por un lado, con rumbo seguro, descubriendo nuevos hechos y trazando con ello las líneas del conocimiento como

arquitectura perfecta. Cuanto más pura, menos ha sentido en su entraña la preocupación de la realidad, como si ésta tuviese el imperativo ineludible de pegarse a ella. Así ha surgido, por ejemplo, la matemática moderna, descubriéndonos a su vez, qué maravilloso dispositivo es la inteligencia humana que ha sido capaz de elaborar tales doctrinas.

La turbonada de la vida ha ido, mientras tanto, por otros cauces. No existe una dialéctica con el vigor suficiente para domoñarla, aun cuando se ha hablado y se habla de dialéctica vital, distinguiéndola del concepto hegeliano de dialéctica. En la misma evolución del pensamiento de Hegel se encuentra, según ha demostrado Seiffert, una primera interpretación dialéctica del mundo que se aproxima más a las necesidades incontenibles de la vida, que aquella otra final, grandiosa como concepto totalitario (tesis -- antítesis -- síntesis), pero que entre cuyas rendijas escapa algo sutil, inapresable en el esquema e incontenible en el frío absoluto de la idea.

Quando el hombre siente gritar en su interior el imperio de la vida, como Nietzsche o Klages, por elegir ejemplos recientes, abomina de un modo violento de todo cuanto parece producto racional. También aquí hay exageración y parcialidad y, por ello, el clamor de su vitalidad vertido a letras, sale recargado de extrañas paradojas. Si el hombre de razón estima que Lutero se aprovechó de las impurezas terrenales y anedócticas del Papado para tremolar un violento airón de herejía, Nietzsche piensa en cambio: "Lutero vió la corrupción del Papado cuando se tocaba con las manos lo contrario. ¡La vida se sentaba en la sede de los Pontífices! ¡El triunfo de la vida!" He aquí un ejemplo de la contraposición de ambas estimativas.

La tarea, pues, del tiempo nuevo ha de ser la unión sustancial de ambas corrientes, la de lo racional y la de lo irracional. La filosofía existencial, en sus diversas formas, representa, a mi modo de ver, un modo más auténtico, aunque no definitivo, de implantar una filosofía totalitaria, puesto que busca un punto de partida, el de la existencia,,

anterior a la escisión entre ambos modos de conocer y de contemplar. Se trata aquí de una totalidad *ab ovo*, es decir, primigenia y esencialmente unitaria al mismo tiempo. Pero la existencia en sí también necesita una contemplación desde fuera, puesto que existencia es ser o estar desde algo.

Este es el giro copernicano que experimentará la filosofía existencial, rotándose de un sentido trascendente, en lugar de empeñarse en que todo gire alrededor de la existencia, como Ptolomeo quería que todo girase alrededor de la tierra.

Dejemos en esta breve nota el tema aquí y tratemos de extraer de él un corolario práctico. En la vida de los pueblos hay un modo inconsciente o preconscious de adivinar los grandes temas históricos. Lo que los filósofos o los psicólogos descubren lenta y penosamente, tras cien rodeos y dilaciones, parece como que lo haya adivinado o presentido el alma del hombre moderno.

Cuando se habla hoy día de movimientos totalitarios, viene a sostenerse en lo político una postura idéntica a la anterior en lo filosófico. Los movimientos totalitarios significan el fracaso de toda doctrina política que sea sólo doctrina; cuanto más bien delineada esté, cuanto más geométrica y racionalmente conciba el problema de las relaciones del hombre en sociedad, más doloroso y violento es su fracaso, porque la sociedad no puede concebirse aglutinando a los hombres como un polígono a sus ángulos. Puesto que el hombre si bien tiene sus superficies angulares, su racionalidad, también tiene sus superficies ágonas, es decir, su irracionalidad, que unas veces se extiende por debajo, pero otras lo hace por arriba del puro plano de la razón.

Los movimientos totalitarios contienen un estilo de vida, con una doctrina. El estilo es para ellos tan fundamental como la doctrina o más todavía y en el curso de su evolución es el estilo lo que se mantiene

siempre idéntico a sí mismo y es la doctrina la que se pliega al estilo, en la melodía que le entona la realidad. El estilo es lo irracional en el hombre, lo infra y lo suprarracional, como el eje señero de su vida que jamás se doblega enteramente por el vendaval de las fuerzas cósmicas, porque le ayuda a mantenerse enhiesto un hilo sutil que le lleva lo trascendente. Vía paralela a la que señaló San Agustín en frase perenne, hablando del problema del conocimiento: "Ab exterioribus ad interiora, ab interioribus ad superiora".

De este "ad superiora" es de donde puede derivar una auténtica doctrina totalitaria, vieja y nueva: eterna. Por donde, tras dilatada circunnavegación conceptual, volvemos al principio de todas las cosas; por eso hemos llamado a esta nota pequeño periplo acerca del significado de "totalidad". Y de los puertos visitados en este periplo y de algunos otros omitidos, nos ocuparemos más ampliamente en otra ocasión que Dios quiera próxima.

El Imperio de España

por

Manuel Ballesteros Gaibrois

CONCEPTO DEL IMPERIO

Ante el uso frecuente del vocablo IMPERIO se impone, como previa, la revisión de su verdadero significado y la puntualización de su concepto. IMPERIO, con su herencia latina inconfundible, no es otra cosa que mando o dominio absoluto sobre la base de la expansión racial y de la extensión territorial. El Imperator no era otra cosa que un jefe con mando.

Es preciso que sepamos bien lo que es Imperio para no perdernos nosotros mismos en las encrucijadas de nuestras propias palabras y salgamos del laberinto de los vocablos al campo yermo de los confusivismos. A la palabra Imperio —fuerte, cultural, racial y conquistadora—, se opone, con la oposición blanda del que quiere suplantar sin ser notado, la palabra “imperialismo”, con toda cohorte de bajas aspiraciones. Al Imperio neto y claro, de que tratamos líneas abajo, sucedió el ansia de alcanzar las mismas ventajas, que él logró a costa de sangre y heroísmos, por la línea del menor esfuerzo, y nació el “imperialismo”.

Todo el siglo XIX con la herencia patrimonial del siglo XVIII

—aún caballeresco y brillante—se sintetiza en ansias imperialistas.. Cables submarinos, Compañías de Indias —nacidas en Francia e Inglaterra al calor de los financieros que presentían el siglo XIX— líneas de navegación, factorías, licores, tabaco, guerras civiles entre los naturales del país excitados por los “blancos”, explotación sin alma, explotación metódica y frialdad sobrehumana, fueron los corolarios del imperialismo. De penetración cultural, de educación de las razas aborígenes, de evangelización —aunque fuera protestante, pero cristiana—, de trato a los indígenas... nada. Parece atrevida la aseveración, pero es cierta. El imperialismo no llevó a las tierras que ocupa ni un átomo de espíritu y de cultura. Si hay bienestar material no es precisamente para los naturales del país sino para el “blanco” que no puede prescindir de él. Si ha habido jóvenes indios en las universidades inglesas no ha sido porque los que ataron a los cipayos a las bocas de los cañones hayan variado de modo de pensar, sino porque el nacionalismo indio exigió de sus mejores esta prueba de la civilización. Si en Australia se ha construído una nueva nación no ha sido, precisamente, por fusión con los tasmanios, por ejemplo, sino por su anulación. El fenómeno australiano es un fenómeno de trasplante. Si en el Canadá hay una solera espiritual y de cultura, ésta es la latina, la francesa.

Llegamos con ello a una conclusión: imperialismo no es lo mismo que *Imperio*. Revalorizado el Imperio, ya casi no es preciso definirlo.

En esta nota irá saliendo por sí mismo personalizado y vivo, a través de su proyección en la hispanidad, destinada y ansiosa de Imperio, sangre misma de su ser.

PROYECCION HISTORICA

El concepto de Imperio se va perfilando a lo largo de la historia del mundo. El mando absoluto, el dominio territorial, la expansión racial y el influjo cultural formando un todo homogéneo y coherente, no nacen a la luz de los hechos históricos con la forma de lo que hemos llamado IMPERIO, sino que se van fundiendo unos en otros poco a poco, limando los salientes que impedían la integración. Por eso hay un abismo desde los imperios asiáticos al imperio alejandrino.

Como modelos europeos y occidentales, proyectados como la sombra de una herencia sobre España, tenemos los imperios de Macedonia y de Roma, tan distintos y tan útiles ambos —como solera—, en la historia de Europa. El uno, persiguió la expansión territorial y concluyó en la difusión de las esencias culturales griegas; el otro, buscó en la misma extensión de dominio una base que —por los inesperados caminos de la Providencia— se convirtió en el abonado campo de la Cristiandad, convirtiéndose el paganismo romano, por milagro del Martirio Divino, en catolicidad occidental. Ambos modelos nos sirven hoy como proyección histórica de esencias imperiales. Por algo dije en otro sitio que “a base de Legiones y Falanges se fundaron los imperios”.

LA EPOCA HEROICA

El Imperio hispano se forjó en la experiencia, lo mismo que los grandes hombres comenzaron por atravesar todas las fases de la sociedad. Lo primero que supo Iberia del Imperio fué la visita de gentes que venían de fuera y que buscaban en su tierra lo que

muchos siglos más tarde buscaran los españoles en otras. Argantonio y los tartesios dejaron a sus hijos el recuerdo del más antiguo de los Imperios: el de la cultura helénica. Como contraste vino también a ellos el más antiguo de los imperialismos: el de los semitas fenicios, de factoría y de cuentas de collar y de abalorios o de telas sin valor, enriquecidas por la apariencia purpúrea del tinte recién inventado.

CONSULES Y EMPERADORES

Marcus Agrippa acababa con los últimos vascos —siempre rebeldes a lo verdaderamente ecuménico y nacional— y Roma asentaba su dominio en España. ¡Cuántas interpretaciones se han dado al dominio romano en la península! Las hay para todos los pareceres. A mi ver la principal, la única que puede interesarnos, es la de habernos cedido por completo el verdadero sentido de lo imperial. Quizás al hecho de que fuéramos los primeros en el coloniaje romano se deba el que nuestro espíritu fuera, a poco, romano e imperial. La antigua savia mediterránea, cretense, fenicia, ecuménica, descubridora de las rutas desconocidas de los periplos argonáuticos, se fundía en fecunda integración con el espíritu imperial de Roma. Y nos quedó algo profundamente imperial: el derecho, el “jus”. El “jus”, que es recititud, que es la JUSTICIA que pide nuestro grito, que es la nivelación normativa de nuestro YUGO, que es la esencia imperial de las “Leyes de Indias”. Nos legó, además, el profundo sentido de lo “colonial”. El verbo latino “colere” —habitar— floreció quince siglos más tarde en el ansia de *poblar* que llevaron en toda empresa descubridora y de conquista los hombres de España. Roma—el Imperio de Roma—dejó impregnado nuestro espíritu de una dignidad castrense y laboriosa que

era la que llevaba al legionario romano a suplir la espada por el escopo del cantero para construir las vías imperiales, al igual que el soldado español dejaba el arcabuz para construir fuertes barcazas y casas cuarteles. Lo que aquí ponderamos como "obra de romanos" en América se pondera aún hoy como "obra de españoles". Tres cosas imperiales tenía España antes de tener conciencia de su propio ser: el derecho, la norma colonizadora o pobladora y la laboriosidad creadora del soldado: la disciplina castrense de nuestros sindicatos.

PAPAS, REYES Y SEÑORES DE HORCA Y CUCHILLO

No sé dónde lo he leído, pero quizás no lo recuerde por ser opinión muy difundida, que la Edad Media es lo contrario de la Edad Antigua por su concepto fraccionario de la organización humana, en contra del concepto totalitario de la antigüedad. Quizás la fría enunciación de los hechos históricos dé la razón a quienes así piensan, pero una somera interpretación nos muestra otro panorama. La fragmentación la trajeron los pueblos invasores en la diversidad de sus razas, pero toda la Edad Media no es más que un intento no interrumpido de superaciones imperiales, sólo por el deseo de dominio, olvidado por completo el imperialismo semita de los fenicios. Es primero Justiniano —de quien se decían depender, sólo por ansia de unidad, los reyes visigodos y ostrogodos— el que rompe lanzas por el Imperio; es luego Carlomagno y, es por último Otón el grande el que crea un Imperio: el Sacro Imperio Romano Germánico. Por ello nuestro Alfonso el Sabio, en su *Crónica General* coloca a continuación de Roma a los emperadores bizantinos y, tras éstos, a Carlomagno, como

la línea continuadora de una esencia imperial que se iba perdiendo, pero de cuyo recuerdo no se quiso apartar toda la Edad Media.

Y es en España donde prende la idea imperial con insistencia, como pesadilla, como ansia que presentía un futuro imperial. España, que es absorbente, que ha logrado hacer sedentario al más trashumante de los pueblos—a los gitanos—penetró en su ansia de Imperio a un pueblo nuevo que vino a ocupar su suelo y así los árabes españoles fueron imperiales, o por lo menos se impregnaron del espíritu grandioso y expansivo que caracteriza a los imperios. Mahoma ya dejó en su pueblo un germen imperial. Pero los árabes españoles fueron más lejos. A una unidad impuesta desde afuera opusieron ellos su nuevo espíritu y el virrey nombrado en Oriente—Emir—se convirtió, ¡nada menos! que en Califa o “Señor de los Creyentes”.

Y la España cristiana —enemiga nata de la árabe—sentía los mismos anhelos de universalidad imperial. Dos momentos nos bastan para basar el aserto. Apenas afianzada la Reconquista, apenas engrandecida Castilla, casi con lo preciso para conservar su propia existencia, en las horas en que el hálito renovador de Cluny llegaba a nuestro suelo, surge un rey —Alfonso VII— que, sin encomendarse a Dios ni al Diablo, porque presente el Imperio en los triunfos castellanos, se titula —aún hoy asombra la osadía— “Imperator totius Hispaniae”, así simplemente. Más tarde, cuando del castillo de San Servando en Toledo salía una nueva ciencia Geográfica y Astronómica, otro rey de Castilla, con una Castilla mucho más grande, se entregaba de lleno a lo que se llamó entonces el “fecho del Imperio”. Alfonso X el Sabio, de la Casa de Suabia, personalizaba en sí el ansia imperial de Castilla.

Como Roma nos había acostumbrado mal. Como Roma nos había dado la norma generosa de no escatimar esfuerzo siempre que éste se proyectara en fecundación al exterior, España se extendía oleosamente hacia Oriente. Los almogávares devolvían a Grecia lo que en épocas remotas pudiera haberles traído a su suelo catalán y nacía, perdido en

las tinieblas del "desperta ferro" de la venganza catalana, el Ducado de Atenas.

Como centro de toda esta ansia, como norma y como unificación, aparece, pequeña y gigantesca a la vez, la figura del Prelado, de Jiménez de Rada, navarro, nacido para la unión de España, que se frustró porque Dios ha puesto un límite a la vida de los hombres.

CICLOPES Y GIGANTES

Y llega el momento del Yugo y de las flechas. España, que había asistido como aprendiz a la experiencia romana, que se había debatido en la infertilidad medieval del ansia de un Imperio, se logra plenamente bajo nuestro símbolo imperial. Pese al silencio estudiado del escritor Wells sobre nuestro gran momento, pese a la Leyenda Negra que no sabe del heroísmo, que no sabe de la lucha contra la malaria, la fiebre amarilla y las flechas envenenadas, que no sabe de ciénagas y pantanos, que no sabe de mártires y de predicadores, que no sabe —finalmente— de Imperio; pese a todo, surge y se agiganta el Imperio español. Tres veces Imperio. Imperio, por la extensión racial. Imperio, por el dominio absoluto, e Imperio, por la religión y la cultura. Si hubiera que definir lo que es Imperio, creo yo bastaría con describir lo que hizo España en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Del "jus" romano germinó el derecho colonial; de la Teología cristiana brotó el manantial inagotable de la protección, no superada ni siquiera igualada nunca, al aborigen. De la ciencia pagana del Renacimiento—único fruto que de un Imperio muerto pudieron sacar los pueblos que no eran España—nació la ciencia ciclópea de Hispania. Enton-

ces, y ésto es lo más significativo, en el mundo se mandaba en español y se obedecía en castellano. Se volvió al milagro romano de la dispersión; de que una familia se ramificase por los cuatro puntos cardinales y tuviera sus miembros repartidos entre Italia, Viena, Flandes y el Nuevo Mundo. Para sellar la toma de posesión del mundo, Carlos V fajó la esfera terrestre con el "primum circumdedisti me" concedido a Elcano.

LEYES DE HERENCIA

No quiero hablar de lo que fué la Independencia americana, pero sí decir que no fué lo que parece. España se perdía en devaneos y los españoles de América la redimieron en parte, en su parte ultramarina. Y en esta redención el espíritu era imperial. Imperiales son las palabras pronunciadas en Ayacucho para ganar la batalla: "adelante y paso de vencedores". Queda en el América hispana el germen que se había sembrado durante cuatro siglos escasos. San Martín y Bolívar se entrevistan sólo para constituir un Imperio suramericano. Iturbe —pese a su sueño azteca e indígena— tiene la pesadilla del Imperio, por lo que en él había de español. Hoy tenemos por el mundo trozos dispersos de un imperio que tiene el alma rota. Filipinas, Puerto Rico son fiscales crueles de los errores de nuestros padres. La historia —como una vieja aya—nos guarda intacto nuestro patrimonio imperial, si tenemos también, porque nacimos con él, espíritu de Imperio, vayamos por él. Ganémosle.

POR LA PATRIA, EL PAN Y LA JUSTICIA: IMPERIO

Sólo naciones que lograron su orden interno pudieron crear imperios. Si el emblema isabelino y de Fernando nos acompaña hoy, si vamos a tener la patria que se nos arrebató, si vamos camino de tener el pan estricto que nuestro espíritu de sacrificio nos impone y si vamos a crear el Estado Nacional Sindicalista con la Justicia de nuestro estilo, nos hemos ganado el Imperio.

Porque el Imperio es nuestro destino y nuestra ansia. No es un vocablo vacío o carente de sentido. No es un anzuelo que atraiga al patriota incauto. Es una realidad viva, viva en nuestro espíritu y viva en la existencia real de las naciones y pueblos que lo forman. Realidad viva que hay que redimir para ganarla. Y al decir Imperio no nos encontramos en nuestra ansia y en nuestro destino con ninguno de los otros nacionalismos que también gritan Imperio. Si antes se dijo "ancha es Castilla" hoy puede decirse "amplio es el mundo"; vuelva cada uno por los fueros de lo que es justo que le corresponda y siga la tierra dando vueltas en el espacio hasta hacerse añicos por la voluntad de Dios.

Meditación apasionada sobre el estilo de la Falange

por

Pedro Laín Entralgo

Unos crean el estilo, y otros lo definen. Crea un estilo de vida aquel que recibe el soplo de los destinos históricos y rompe con la caducidad en nombre de la esperanza: así Mussolini, Hitler, José Antonio, Franco. Define un estilo de vida quien, apenas sosegado su encuentro virginal con la creación creada—aqueel tembloroso “conocimiento emocional” de que nos habló Max Scheler—rompe con la beocia en nombre de la expresión nueva y logra dibujar su contorno ideal. Esta es, justamente, nuestra coyuntura. José Antonio hizo del Nacional-sindicalismo un modo de ser cuya expresión primera es una Revolución, de la que ha de ser Franco seguro ductor. A ese modo de ser corresponde lo que luego se ha llamado, con admirable acierto intuitivo nuestro estilo: un modo nuevo de hacer la vida, desde la monumentalidad arquitectónica hasta el ademán cotidiano. Ahora todos hablan del nuevo estilo. Los beocios, porque no toleran quebradura en la costra espesa de su municipalidad. Los fariseos, porque no admiten la gracia de ritos nuevos. Otros le invocan como muletilla de su extravagancia. Algunos, por fin, encuentran su fórmula precisa y creadora en la obra

y en el verbo. ¿Lograré definir—el estilo primero, nuestro estilo luego—de modo que la definición sea veto de extravagantes y anatema de fariseos? Por lo menos, intentaré suscitar respuestas. El Nacional sindicalismo, por lo mismo que se halla en trance creador, permite mejor vivirle con ardiente y entrañada plenitud que expresarle acabadamente. Todos cuantos se hallen en verdad bajo su signo, y plegue a Dios que tal sea mi caso, son como poetas de un inmenso poema comunal que hubiesen recibido ese toque de la gracia histórica que se llama *amor fati* e intentasen lograr expresión nueva en el verso bien medido de la tarea propia. Este verso que cada uno tiene asignado allá donde la eternidad fluye en historia, será unas veces arte nuevo, Universidad nueva otras y otras justicia más lograda. Si el mío de ahora es definir con verdad, lograré decir cuál es la cifra más íntima de nuestro estilo.

La definición del estilo en general, de nuestro estilo en particular, viene decisivamente simplificada por tres penetrantes aciertos intuitivos de José Antonio. Dijo una vez: “tenemos un sentido permanente ante la vida y ante la historia, y ese sentido nos da las soluciones ante lo concreto”. Otra definió al Nacional sindicalismo como “un modo de ser”. Por último, designó con el nombre de “nuestro Movimiento” a la comunidad de españoles dotada de sentido, de la cual fué soplo germinal. Modo de ser, sentido, movimiento—reductible en última cuenta al tiempo, según el *tempus est numerus motus* aristotélico-tomista: todo ello nos conduce de la mano a la más profunda y más radicalmente humana entre las filosofías de hoy: a la metafísica de Heidegger. “La elaboración concreta del sentido del ser es el designio de mi obra”, dice al comenzar “*Sein und Zeit*”. Pero el ser de las cosas, mi mismo ser de hombre no son inmediatamente apresables. En cuanto a mi ser de hombre, si no admito inicialmente un Verbo sobrehumano, no sé nada con certeza: sólo sé que inquiero acerca de él, que intento entender e comprender de él. Este *inquirir acerca de*, estos *entender o com-*

prender de son momentos constitutivos de mi pregunta por el ser, son modos de ser de lo que es, y ahora, en cuanto yo interrogo por mi propio ser, de mí mismo. Ese algo que es, que nosotros mismos—hombres—somos, y que, entre otras, tiene la posibilidad de ser de la pregunta, es designado por Heidegger con el término “Dasein”, *estancia*. Y la estancia que sitúa ante el ser y comprende el suyo propio, *existencia*. No es ésta ocasión de seguir paso a paso la analítica de la estancia que hace Heidegger. Sólo me interesa señalar sus hitos fundamentales, que marcan también el camino del estilo. Ser, estancia, existencia valen tanto, en un primer estrato analítico, como *ser - en - el mundo*. Otro paso ulterior nos da la *abyectividad* (*Geworfenheit*) de la estancia: esto es, el hecho de que mi estancia, mi ser interrogante, sea *arrojado* en las raíces mismas de su existencia, no dependa de sí: como de sí mismo decía Hölderlin, “lanzado de roca en roca”. Por fin, la analítica de la estancia nos lleva a la temporalidad. Estancia es temporalidad, dice Heidegger.

Pero es aquí justamente donde viene la discrepancia radical entre el español—el nacionalsindicalista—y Heidegger. ¿Qué es el Nacional-sindicalismo? Un modo de ser que se realiza haciéndose “Movimiento”. Somos lanzados, *arrojados* en el tiempo—en la historia—pero no somos tiempo, por razones que luego saldrán, sino eternidad. Somos seres lanzados, en el tiempo—en la vida: el tiempo es la vida exenta de sus contenidos, decía Simmel, y de seres, añadiríamos nosotros—; lanzados según la vertiente de un modo de ser. En lo cual se halla la raíz última del estilo, porque ese modo de ser incide en el tiempo—en la vida, en la historia—según una línea melódica: según un estilo congruente con aquel modo de ser. Llevadas las cosas a su extremo maccramiento expresivo, un estilo es la línea de inserción de un ser en el tiempo, según un modo de ser. Pero nosotros, hombres, por el mismo hecho de serlo, trasponemos al plano psicológico las verdades del pla-

no metafísico. Al modo de ser le aplicamos voluntad y al estilo decisión determinante, sobre todo si el modo de ser es el nuestro, nacionalsindicalista. Todo lo cual se traduce en una concepción del estilo más "humana" que la anterior: el estilo, como voluntad permanente e inédita de realizar en la vida nuestro modo de ser, según una unidad melódica de actos acordes con la verdad última de aquél. La voluntad, el *querer acerca de* es un momento de nuestro modo de ser. Permanente, para que no se hienda la continuidad vital. Inédita, porque se realiza en el tiempo, pero existe intencionalmente antes de su realización melódica.

Sabemos qué es el estilo. Indaguemos cuál es nuestro estilo, según nuestro modo de ser. El cual no es, como en el planteamiento de Heidegger, *inquirir sobre* o *entender de*. Nuestro modo de ser está en *servir a* y en *luchar por*. Empleemos las palabras precisas de José Antonio: "Tenemos que adoptar ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esa actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida". Servir a, luchar por: tal es, según definición del que lo creó, nuestro modo de ser. Pero no es ésta la sola divergencia entre el planteamiento de Heidegger, pese a que nos haya servido de tanto, y el nacionalsindicalista. Heidegger, en su analítica, describe fenomenológicamente los estratos del ser, con arreglo a una serie que termina en el término de todo, en la nada. Una serie que, eliminados algunos escalones en gracia a la brevedad, es: Ser — Estancia — Existencia — Ser - en - el - mundo — Abjectividad — Temporalidad — Ser - para - la - muerte — Ex nihilo. Por admitir que estancia *es* temporalidad, llega Heidegger a este terrible secuencia: la raíz última del existir es la nada. De ahí que ese ser - para - la - muerte le conduzca necesariamente a una angustia existencial, la angustia de - la - muerte. El ser, la existencia, la muerte. ¿No tenemos los nacionalsindicalistas, por ser me-

dularmente españoles, algo que decir en torno a todo eso? "Y no hallé cosa en que poner los ojos—que no fuese recuerdo de la muerte", escribió Quevedo. "Muero porque no muero", Santa Teresa. "La muerte es acto de servicio", dijo José Antonio; y, luego: "Heroísmo es dar la existencia por la esencia". El ser - para - la - muerte lo hemos escrito y vivido los españoles con más intensidad que nadie. Con más intensidad, pero con distinto sentido: porque nuestra serie analítica no termina en Temporalidad — Ser - para - la - muerte — Ex nihilo, sino en Temporalidad — Ser - para - la - muerte — A Deo.

A Deo. Ahí está el término auténticamente español. La raíz última del existir ya no es la nada, sino el Todo. El ser ya no es mera temporalidad, sino eternidad: como idea en la *mens Dei* antes de ser lanzada nuestra estancia al mundo, como sustancia después de ese trance. Y justamente por el hecho de terminar en el Todo nuestra implícita analítica de la estancia, el ser - para - la - muerte no da ya como fruto necesario la angustia - de - la - muerte (o ante - la - nada, lo cual es más exacto) sino la alegría - a - muerte, para usar una maravillosa expresión oída de labios de Alfonso García Valdecasas, que es la definición más breve, bella y profunda del estilo español. A la metafísica de la angustia opone el español, cuando sabe serlo, esa metafísica de la alegría de que me ha hablado más de una vez Luis Rosales, el poeta.

Nuestro modo de ser es *servir a y luchar por*. Pero como ese modo de ser, esa estancia nuestra termina en el *a Deo* pasando por el ser - para la muerte, de aquí que nuestro servicio sea un servicio - a - muerte y nuestra lucha una lucha - a - muerte. Servir a y luchar por la unidad en el hombre y entre los hombres, la Patria, el Imperio, Dios. Y como nuestro ser termina en Dios, en el Todo, de ahí que el servicio y la lucha no sean angustiados, sino alegres. La alegría es virtud preceptiva de nuestro Juramento. Alegría que pasa a través de la muerte y

adquiere sentido con ella: esto es, alegría grave, seria y —a veces— hasta trágica. Gravedad alegre, esta es la raíz última en orden a la realización melódica de nuestro modo de ser, este es nuestro estilo. Es grave nuestro estilo, porque nuestro modo de ser se realiza a través de la muerte; es alegre, porque la muerte no es la nada, como en Heidegger—como, en general, en todos cuantos partan de una concepción “natural” del hombre—sino el Todo. La raíz de nuestro ser no es la temporalidad, sino la eternidad. “El hombre es un ser portador de valores eternos que tiene un alma que salvar”, dijo una vez con poesía y verdad José Antonio, y de ahí parte todo. Gravedad alegre, porque del sentido de nuestro ser, que vale tanto, ya lo sabemos por Heidegger, como el sentido de nuestra muerte, sale el sentido de nuestra existencia, de nuestra vida.

Esta gravedad será unas veces concepción militante de la vida individual o colectiva. Otras, cierta actitud poética ante la vida misma de lo cual habló bien temprano José Antonio. Otras, conocimiento del hombre tan grave y entero, que no se conforme con la simple razón. Otras, estilo literario en el que venzan la fe y el entusiasmo a la ironía. Otras, justicia social profunda y alegre. Otras, acción directa, violenta y eficaz, buscando ese camino más corto que pasa sobre las estrellas. Otras, en fin, alegre servicio a muerte sobre el asfalto o en la serranía. Y siempre lucha grave y alegre contra la dispersión y la horizontalidad, en nombre de la unidad jerárquicamente vertical del hombre íntegro: del hombre en cuanto hombre, en cuanto español, en cuanto nacionalsindicalista.

La brevedad de una nota no permite justificar con pleno rigor filosófico y psicológico esa decisiva sustitución del EX NIHILO por el A DEO, que el español auténtico ha hecho siempre implícita o explícitamente. Espero lograrlo en otra ocasión. En fin de cuentas, aunque por vía distinta, a ese mismo blanco apunta la afilada y humana argumentación de Alfonso García Valdecasas en su «Hombre y yo», cuyas pruebas de impresión he podido leer. Del mismo Valdecasas procede la traducción de DASEIN, por ESTANCIA. No hay otra mejor, si nos atenemos al significado primero de la palabra, porque estancia o DASEIN —en sentido más directo: EL ESTAR, el hecho de estar— es la sustantivación del infinito estar o DA-SEIN.

Tipografía y virtud de los oficios

por

Angel María Pascual

Con propósito de aprendizaje y mejora leímos los once de "Jerarquía" las críticas que movió nuestra primera salida. Casi todas nos fueron propicias, y alguna que dudó en los accidentes no nos cogió de nuevas porque sabíamos de sobra que nuestra obra no era perfecta. Si la hubiésemos creído así, como aquel escultor florentino del orden gigante, en aquel punto terminara nuestra empresa. El afán de ascender en la propia obra, es el viento que empuja con rumbo constante la continuidad en los trabajos y en los días. Y casi todas las críticas venidas por la Rosa de los Vientos acordaron en dar por buena nuestra escuela de imprimir. Esto nos dejó gozosos y ágiles para saltos nuevo en la palestra donde el trabajo tiene ligeras gracias de juego; y creímos en augurios favorables para lo que era, en nuestro pensamiento y en su destino, una Guía nacional-sindicalista de los Oficios.

Para ello teníamos que guiar antes nuestro propio y dúplice oficio:

El oficio de lanzar el pensamiento de los intelectuales nacionalsindicalistas de un modo acorde, exaltado y grave, como en los coros de las grandes abadías se levanta el canto de la mañana. Y el oficio de darle forma tangible por medio del Arte Tipográfica, del oficio de imprimir. Y como vienen días de ser medio monjes y medio soldados, hicimos un pequeño libro de coro en un cuartel. Así el deseo del tiempo nos condujo la voluntad.

Si es misión nuestra buscarle cauces al soplo del espíritu, cada nacionalsindicalista debe hacer de su oficio una flauta encantada. Volverán de esta manera los viejos sonos a la vida nueva. Con alegre saludo de compañía.

Nuestra misión se concreta más sobre los Oficios de imprimir. Urge en España levantar la imprenta y su honradez secular, a la belleza perdida. No todo se aprende en los libros; pero, al menos viéndolos, se sabe quién es digno de una grande Historia. Las formas tienen más importancia de lo que cree la gente. Sin el acicate de una edición posible y maravillosa, las ideas hacen cortos vuelos. La estirpe de los que mandan se conoce en que solamente ellos tienen el paso dispuesto para la dignidad del manto, para la opulencia de la cauda. De esta manera el autor que se ve en papel vulgar, en edición descuidada, en portada horrible, en altísimo precio, al cabo de un tiempo siente la indiferencia abyecta de hacer comercio de su espíritu, que es parecido al hacerlo de su carne.

Queremos sacudir los malos usos de las prensas españolas, donde también dejó el Ochocientos en blanda palidez, su vulgaridad pedante, suapestosa colilla. Nos viene con náusea una vorágine de libros de episodios nacionales, de idearios y de novelas por entregas. El tiempo ha diluído olor y color de nicotina en sus páginas sin decoro, sin pro-

porción en las márgenes, sin gusto en las tintas y en los tipos; y allí duermen su olvido por el fondo de los estantes en casinos de ciudad pequeña o en círculos de aldea grande, con una espesa e irrespirable unción de polvo. En cambio, las buenas ediciones tienen una belleza perenne. Hace unos días, en una ciudad castellana, encontré una tienda de libros viejos junto a un pórtico de altas columnas renacentes. Más que tienda era un tugurio escondido; los libros se amontonaban por todas partes bajo un aire de humedad angosta. Pero en un estante del fondo, treinta volúmenes mostraban su exacta rigidez. Los editó para recoger su obra *L' Academie d'Inscriptions* bajo reales auspicios. Se abrió la obra cualquiera al azar y surgían maravillas; todas las exigencias del buen gusto. En aquel sucio rincón ardía una llama viva.

Otro tugurio. Estaba incompleto pero mostraba la finura que alcanzaron a veces nuestras Prensas setecentescas. Era "La falsa Filosofía, Crimen de Estado". Alfonso García Valdecasas estuvo imaginando bajo aquel título cosas desconocidas y admirables, como Lord Dunsany, expectador asiduo de escaparates de librería, según refiere Pradaic Colum. Se han perdido para la común mercadería las ediciones bellas y los enfáticos nombres, y es necesario inventar otra vez énfasis y belleza. Y, además el comercio accesible a todos y la perdida honradez de la artesanía. Nuestra memoria que va "de tiendas" con nosotros nos trae una mañana de altas neblinas y tibio sol desde Niza, que es sin deberlo, un lugar común, y no de poesía sino de "Fashion's Club", y allí un "shop" en una calle que tras el Paseo de los Ingleses sube con leve ruido de mar hacia el museo "fin de siglo". En aquella tiendezuela con aspecto mezclado de buhonería de antiguallas y de joyería, hay unos pocos y maravillosos libros, todos de actuales prensas. En un gesto algo imperioso la mano iba hacia el bolsillo y un temor de estudiante en va-

caciones impedía entrar. He oído alabar muchas veces la facilidad extranjera de entrar en las librerías y salir y enredar muchos libros y comprarlos o no bajo una vigilancia segura e imperceptible. Acuden allí el estudioso, el docto, el degustador oculto de la sabiduría, y, a veces, el hombre del tiempo nuevo para quien tienen casi el mismo valor sabiduría y artesanía. Este encuentra rara vez en los libros que están al alcance de su bolsa liviana aquella alianza hecha inseparable en su espíritu entre las grandes ideas y las formas perfectas; en cambio a la pequeña tienda de Niza irán los mejores libros y los más abundantes compradores cuando la "saison" llame anualmente a la errante y estéril indiferencia o aburrimiento. Entrarán allí los que coleccionan libros raros con espíritu filatélico. ¿Por qué no se hace una ley contra la trata de libros? Muchas veces sueño en que algún día estarán unidos el "shop" de las raras ediciones y la gran librería de las ediciones abundantes; entonces un libro bello dejará de ser propósito de coleccionista para ir a los estantes de quien tendrá, hasta la sepultura, genio y figura de estudiante.

La primera exigencia del Arte Tipográfica es, como en todas las Artes, una incansable virtud. Decimos Artes por decir Oficios, pues la misma cosa son en el tiempo nuevo. La virtud consiste en aprender cada día, en buscar mayores sencillez y belleza y en ocultar lo que el trabajo tiene de castigo, y hallar gozo en la propia labor. No es bueno citar ejemplos antiguos teniendo a la mano otros de nuestro tiempo. Y a veces hay que aprender del enemigo. Todavía no existe en España algo que puede ponerse al lado de la "Nonesuch Press" o de la "Westminster Press" o de la "Shakespeare Head" o de la "Gregynog". Imprentas con sus tipos característicos, su manera y su estilo y una exquisita selección de obras. No conviene pararse en la perfección conseguida sino lanzar-

se en una inquieta exaltación a tareas todavía mejores. Toda la vida no basta para aprender las excelencias de un oficio y menos en este de la Imprenta, que es vivo y sutilísimo porque maneja especies del espíritu. Pero las demás Artes están hechas a semejanza. El Arte del que pica piedras y el Arte del que pinta frescos, el Arte del que escribe sucesos y el Arte del que hierra las cabalgaduras. El Arte del esmaltador y del barbero. Y el Arte del deshollinador, del vidriero, del escultor, del ceramista, del leñador o del fogonero, porque todas las Artes son iguales si se trabaja en ellas de un modo alegre y honrado; si en la tarea diaria se procura un mejoramiento, un estilo y una sencillez.

Sea la virtud, en el doble sentido laborante y ético. En el concepto nacionalsindicalista de la unidad moral del hombre no se puede separar la actitud recta, militante y decidida, de la obra intelectual y artesana y de la vida moral. Cuando se quiere realizar en artesanía cualquier idea madurada en tiempos, se ve cuánto ha perdido la antigua virtud que florecía en la maravilla de cualquier obra lejana y sola donde no alcanza la multitud. Era aquél un esfuerzo impulsado por el propio fuego del espíritu; de nada valía el olvido del nombre y de la obra si durante unos días alimentó primores el hambre del deseo; parnasianismo a lo divino. Ser parnasiano es cosa decadente e hipócrita hecha de publicidad, degradación y anécdota, pero bien puede hablarse de la "virtud" en el sentido artesano, y ser parnasiano de la virtud.

Por todas partes están los talleres en esta ciudad, donde suenan en las calles antiguas de guerras de burgos, los ruidos de los oficios eternos. Suena como una campana fija e incisiva el yunque del herrero, que bate metales ardientes; cosen sentados, casi en el suelo, los zapateros; diez carpinteros tallan la madera en la cuesta de piedras lisas que sube hasta la Catedral; lleva el aire el olor acre y sombrío de las pieles

que cuelgan en su calle los boteros. Aquí, el que talla yugos para los bueyes lentos de la montaña los pone al sol que seque su fresca entraña de árbol recién cortado; en la muralla pasean los cordeleros entre ruedas y rastrillos de hierro, con su andar lento y balanceante de marineros en tierra para trenzar las cuerdas. Allá están de enseña los bastes y los arreos de las cabalgaduras aldeanas con las borlas rojas y los clavos dorados; los alpargateros hacen juegos de manos sobre su banco en cuesta, y en el rincón de la plazuela con sombra de iglesia y macetas, el escultor talla junto a la puerta sus estatuas. En el campo, sobre al río, huele la cera traída de todas las tierras de España, que luego se funde y se prensa en viejas máquinas del Setecientos, para llevarla a los puertos de niebla. No ha llegado apenas a mi ciudad el humo de las fábricas y aun el trabajo no tiene límite de sirenas ni olor de multitud.

Pesan, no obstante, los hábitos de cien años de mal gusto, apenas el Oficio tiene que poner un fin de belleza sobre un fin de utilidad. El imaginero no tiene otros modelos que los del "arte catalán": falsos góticos, falsos bizantinos, falsos mármoles, falsos dorados. Caras de teatro blanco para los santos y morados de camerino sobre los crucifijos. El órfebre hará rejerías de nenúfares y tulipanes con modelos de "Exposición de París". El tipógrafo, y es este nuestro dolor más inmediato, ha olvidado crear libros; esa sostenida e invisible tradición que forma con las ideas, arquitectura de serenidad. No sabrá todas aquellas elegancias que llevaban en tiempos imperiales al orden de la nobleza.

Y luego existe en todos los Oficios ese defecto de aprendizaje que allí no puede llamarse surrealismo; y la desgana y el no querer salir de la "manera" y el impudor de lo no perfecto y la dificultad en las fechas y en el término. Esa es la falta de virtud, la más profunda y difícil batalla que debe ganar el nacional-sindicalismo, porque el que no tiene el

honor de su Oficio tampoco será buen ciudadano de la Ciudad de Dios, que es el Imperio.

Muchas veces se da como razón de rutina el gusto de la gente. El pueblo de las ciudades y de los pueblos grandes queda flotando entre lo primitivo de los campos y el refinamiento de las grandes urbes en una transición que precisamente, coincide con el "fin de siglo". Su última moda lleva retraso de treinta años y su gusto pide lo ignorado y lo olvidado ya por aquellos extremos en que la nueva edad enlaza la égloga y la oda en la misma alegre unidad. Cuando se habla del gusto de la gente se habla de un gusto inerte y a punto de moverse. Es frecuente oír a un artesano, a quien se explica nuestro deseo, una de estas dos cosas: "Eso es muy antiguo", o "eso es muy raro". Las dos razones quiere decir lo mismo y sin saberlo ni quererlo explican una idea profunda. Lo raro y lo antiguo, calificando el mismo gusto, dicen que sobre el pantano de lo usual se tiende el invisible puente de lo permanente. Lo antiguo y lo raro en una vivencia barroca pertenecen ya a la constante clásica; por eso la tradición no debe ser una novela de historia.

El mal gusto que impone sus leyes no es una razón justa sino una complicidad. Enseñar al que no sabe tiene valor de obra de misericordia, mientras mantener la ignorancia es una pereza liberal. Hay que imponer buen gusto por todos los medios, y si no se puede con la unánime cruzada, con leyes de Estado. La artesanía no debe decir sino enseñanza en el doble sentido aparente, y único en la esencia, de la utilidad y de la belleza; siempre resulta que lo más bello es, al mismo tiempo, lo más práctico. Si la gente ve en lo que pide estilo de mal gusto no vencerá su costumbre, pero si le imponen estilos nuevos, después de oponerse, acabará aceptándolos. Lo que hicieron el cine sonoro, las revistas de modas y las líneas aerodinámicas, lo puede hacer el tipógrafo con sus

libros, el orfebre con sus moldes y el entallador con sus figuras, sin necesidad de inventar complicaciones sino de hacer más sencillas las reglas antiguas.

He aquí otra misión sindical. Mientras el artesano esté sólo le justificará la necesidad su fuente de mal gusto; cualquier innovación solitaria ahuyenta los compradores, pero si todo un oficio lanza las formas nuevas en todo el Estado, la gente tendrá que aceptarlas. El buen gobierno debe cuidar estas cosas como centinela, porque en ellas aprenden a admirarle —y es primer grado de sujeción— los pueblos extranjeros. Una hueste de buenas ediciones da a un Estado imperial, estilo como un gran ejército y ambos no son incompatibles.

Entonces serán los Oficios un estilo de vida, una exaltación silenciosa y una ordenada milicia. La fuerza del espíritu hará del castigo de los trabajos camino de perfección. Será así cada Oficio, un Oficio Divino, ritual servicio de Dios y una devoción al César, que dijo: "Sólo se estima la libertad del hombre como nosotros cuando le estimamos, portador de valores eternos."

SON

DE DOMINIO Y COMPETENCIA
DE LAS

EDICIONES JERARQUIA

LAS DISCIPLINAS DE

LA SABIDURIA, LAS LETRAS, LAS ARTES

Por obra y celo de nuestro Caudillo acaba de llegar a la España Nacional el Camarada, Secretario de nuestro Movimiento al lado del Ausente, Raimundo Fernández Cuesta. Compuesto ya este número, JERARQVIA envía su saludo más entrañado al luchador ejemplar de la Falange, reintegrado al servicio del Jefe Nacional y de la Patria.

LA SABIDURIA

PLAN

DE LAS

EDICIONES JERARQVIA

SEGVN LA TRADICION DE NVESTRA ENSEÑANZA

IMPERIAL Y CATOLICA

Queremos dar a conocer, a través de esta obra, el pensamiento actual y trascendente de los autores que han marcado la historia de la cultura española.

Los autores que han marcado la historia de la cultura española.

Políticos de la historia

El pensamiento político español, desde sus orígenes hasta el presente, en la obra cumbre de la política española de nuestro tiempo.

XXVI

Políticos de la historia

Aquí será estudiada la obra de nuestros autores de política, incluyendo a los contemporáneos.

XXVII

Los cronistas y los historiadores de la historia

Textos y estudios sobre los autores de la historia de España.

SON

DE DOMINIO Y COMPETENCIA

DE LAS

EDICIONES JERARQVIA

LAS DISCIPLINAS DE

LA SABIDURIA, LAS LETRAS, LAS ARTES

LAS LETRAS

SERIE

Poesía imperial

Antología y estudios sobre nuestros grandes poetas clásicos en las cuatro formas principales de su poesía: heroica, lírica, dramática y satírica.

SERIE

Nueva Poesía Imperial

Publicaremos aquí la obra de los nuevos poetas, creadores del estilo de nuestra Revolución, forjadores de nuestro Clasicismo.

SERIE

Clásicos griegos y latinos

Renovando la tradición humanista española dotaremos a la juventud, para su necesaria formación, de textos castellanos de los principales clásicos griegos y latinos.

SERIE

Poesía hispano-americana

Ediciones antológicas y estudios sobre la obra de los grandes poetas de la hispanidad en América.

SERIE

Epistolario español

La norma y la enseñanza de nuestra española integridad.

SERIE

Viajes clásicos y románticos por España

Impresiones y juicios sobre los accidentes naturales y espirituales de de nuestra tierra (S. XIV al XIX).

SERIE

Biografías ejemplares

Los hombres y mujeres ejemplares del Imperio, estudiados con amor y precisión.

LAS ARTES

SERIE

Catedrales españolas

Ediciones gráficas evocadoras y documentadas.

SERIE

Los artistas del Imperio

Biografías de artistas y estudios generales de escuelas y estilos.

SERIE

Monumentos Imperiales

Las piedras ejemplares levantadas en orden y claridad para la afirmación entera del espíritu.

LA VIDA NUEVA

SERIE

La sabiduría

Doctrina del Movimiento y sus principios religiosos según el Dogma, la Moral y la Liturgia.

SERIE

Las letras

Creación y crítica literarias de nuestro Movimiento.

SERIE

Las artes

Creación y crítica artísticas de nuestro Movimiento.

DIRECTOR NACIONAL DE EDICIONES
FERMIN YZVRDIAGA LORCA

SECRETARIO NACIONAL DE EDICIONES
ALFONSO GARCIA VALDECASAS

DIRECTOR DE LAS EDICIONES JERARQUIA
LVIS ROSALES CAMACHO

PLAN DE PUBLICACION INMEDIATA

DISCURSOS DE JOSE ANTONIO

DISCURSOS DEL GENERALISIMO FRANCO

LIBRO DE LOS HEROES DE NAVARRA

por Fermin Yzurdiaga Lorca

LOS REYES CATOLICOS

por Eugenio d'Ors

LA BESTIA Y EL ANGEL

por José M.^a Pemán

CISNEROS

por Luis Santamarina

EL LIBRO DE CRISTOBAL COLON

por Paul Claudel

DISCURSOS DE LA CATALICIDAD

por Eugenio Montes

EL GENIO DE ESPAÑA

por Ernesto Giménez Caballero

EPISODIOS NACIONALES (tomo I)

por Agustín, Conde de Foxá

ANTROPOGRAFÍA

por Pedro Lain Entralgo

EL LIBRO DEL IMPERIO

por Angel M.^a Pascual

SEÑORIO DEL ESPAÑOL

por Luis Rosales

**CANTOS DE GUERRA Y DE VICTORIA
AL RITMO DEL SALTERIO DAVIDICO**

por el R. P. Agustín Rojo, O. S. B.

EI VIAJE DEL JOVEN TOBIAS

por Gonzalo Torrente Ballester

ESTA REVISTA FVE IMPRESA
EN PAMPLONA. EN LA EDITORIAL
ARAMBURU. AÑO DE CRISTO
MCMXXXVII. II AÑO TRINIFAL
DE ESPAÑA Y DEL NACIONAL-
SINDICALISMO

LAVS DEO

COMUNIDAD NACIONAL ESPAÑOLA

por Agustín, Conde de Pardo

ASTROLOGÍA

por Pedro Luis Peralta

ORDEN DE LA LUCHA

por Agustín, Conde de Pardo

ESTA REVISTA FUE IMPRESA

EN PAMPLONA EN LA REDACCION

ARABERVA AÑO DE CRISTO

MCMXXXVII. II AÑO TRINENTAL

DE ESPAÑA Y DEL NACIONAL

CONVINO DE SINDICALISMO

B. S. O. S. O. S. O. S. O. S. O.

LA LUCHA

por Agustín, Conde de Pardo

EXCLUSIVA DE VENTA
LIBRERIA INTERNACIONAL
SAN SEBASTIAN

